

Una enfermedad color verde. La conformación del *self* de los jóvenes de familias *tareferas* de Misiones

María Luz Roa¹

Resumen

A partir de mediados de la década del '90 en la provincia de Misiones se generó un proceso de expulsión de asalariados agrícolas y productores minifundistas que residían en el campo. Dicha población migró hacia la periferia de las ciudades intermedias de la provincia conformando barrios periurbanos, y actualmente depende del trabajo temporal en la cosecha de yerba mate —*tarefa*— y de ocupaciones ocasionales en la ciudad. En el marco de estos procesos, los/as jóvenes conforman la primera generación que fue socializada en tales territorios.

El presente estudio se propone comprender el impacto de la urbanización de la mano de obra rural sobre la construcción del *self* de los jóvenes de familias cuya ocupación principal es la *tarefa*. Reflexionamos particularmente sobre los procesos de objetivación del *self* de los jóvenes, considerando el lugar protagónico que tiene el sufrimiento y la fundición de los cuerpos *tareferos* en su conformación. Al respecto se observa que los jóvenes trazan diversas estrategias ligadas a la resistencia a asumir la identidad *tarefera sufrida* de sus padres.

Para evaluar estos procesos, se adopta una metodología etnográfica. Se analizan entrevistas en profundidad y notas de campo realizadas en barriadas de las ciudades de Oberá y Montecarlo.

Palabras clave: *tarefa* - jóvenes rurales - subjetividad - territorios periurbanos

Abstract

From the mid-90's in the province of Misiones there was generated a process of expulsion of agricultural workers and smallholders living in the countryside. This population was concentrated in the periurban areas of intermediate cities in the province, and today they depend on the temporary work in the yerba mate harvest —*tarefa*—, occasional jobs in town, or they migrate to the Buenos Aires's big cities. As part of these processes, young people are the first generation who was socialized in such territories.

In this paper, María Luz Roa presents an analysis of the self-processes in young people from families whose main job is the *tarefa*, focusing on the corporal, situational and emotional dimensions. The author reflects particularly on the processes of self objectification of young people, given a particular importance to the *tarefa* suffering and bodily foundry in its conformation. In this regard, she notes that the young people draw various strategies linked to resistance to the *tarefa* suffering

¹ CONICET. Instituto de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. chiluz_84@hotmail.com

identity of their parents. These findings demonstrate the leading role of the embodied emotion in the objectification of certain social relations.

To assess these processes, she adopts an ethnographical approach.

Key words: young rural people - periurban territories - yerba mate harvesters - subjectivity

Preludio

«Padre nuestro que estás en el cielo,
y en la tierra, a veces, no encuentro tu Reino.
Padre bueno que todo perdonas,
escucha el rezo de este tarefero. [...]
No te pido, Señor, por riquezas
solo sustento para mi familia.
Perdona, padrecito, si algún día,
maldije la suerte y mis miserias
y te dije algo feo renegando
mi destino de sufrir esta pobreza. [...]
Que si sangran mis manos trabajando
si me duele el frío del invierno
o se quema mi lomo en el verano
no me olvide que hace ya algún tiempo
entregaste a tu Hijo tan amado. [...]
Que no me den vergüenza mis manos ajadas,
mi risa ligera, mi piel tan quemada.
Guardame de Añá, que está escondido,
como una yarará, agazapado,
esperando me rebele embravecido,
y traicione tu amor con el pecado»
Amén.
(Claudia Beatriz Pereira, 2009: s/p).

En la provincia de Misiones (ubicada al Noreste de la Argentina), durante la segunda mitad de la década del '90 se produjo un proceso de emigración de asalariados con residencia rural y productores minifundistas que trabajaban en la cosecha de yerba mate —*tarefa*². Esta población se asentó crecien-

temente en los bordes de numerosas ciudades intermedias, conformando villas miserias en la periurbanidad, las cuales en la actualidad se encuentran en proceso de urbanización o relocalización³. En estos nuevos territorios, la mayor parte de las familias depende del trabajo temporal en la yerba

² El proceso de emigración rural fue ocasionado fundamentalmente por la desregulación del mercado consignatario yerbatero que dejó a la actividad en crisis, la extensión de producciones extractivas de forestación, y la modernización y tecnificación de diversas tareas culturales.

³ La urbanización de las villas se lleva a cabo fundamentalmente mediante programas sociales como el Promeva —Programa de Mejoramiento de los barrios—, y el Plan Techo dependiente del Instituto Provincial de Desarrollo Habitacional, entre otros.

mate —*tarefa*—, ocupaciones ocasionales en la ciudad o migra hacia las grandes urbes de la provincia de Buenos Aires buscando mejores horizontes. En el marco de tales procesos, los jóvenes constituyen la primera generación que se socializó en tales espacios, por lo que me resulta significativo indagar sobre los cambios y continuidades en sus prácticas.

En el presente estudio me propongo indagar acerca de los procesos de constitución del *self* de los jóvenes de familias cuya ocupación principal es la *tarefa*. Para ello, parto por comprender al *self* (Csordas 1994) como una capacidad indeterminada de ocupar o volverse orientado en el mundo, caracterizada por el esfuerzo y la reflexividad, la cual se objetiva como una «persona» con una «identidad» o set de identidades. Dicho concepto lo analizo, en primer lugar, desde sus dimensiones: 1) corporal, 2) emocional y 3) situacional; y en segundo lugar, reflexiono sobre los procesos de objetivación de identidades de los jóvenes, considerando el protagonismo que tiene el *sufrimiento* y la *fundición* de los cuerpos *tareferos* en su conformación. Para abordar estos objetivos, parto de una perspectiva etnográfica, y analizo datos construidos a lo largo de cinco trabajos de campo en las ciudades de Oberá y Montecarlo.

Mis posicionamientos teóricos

La subjetividad como una categoría existencialmente compleja

Hablar de subjetividad nos conduce a un campo existencial de la experiencia humana. Comprendo a la subjetividad como el «conjunto de modos de percepción, afecto, pensamiento, deseo, temor, etc., que animan a los sujetos actuantes» (Ortner 2005:25) y por las formaciones culturales y sociales que modelan, organizan y generan

determinadas estructuras de sentimiento. Siguiendo a Ortner (2005), entiendo que las subjetividades son complejas cultural y emocionalmente debido a que existe una continua reflexividad entre el yo y el mundo. Destaco así la existencia de una conciencia⁴ cultural multifacética y reflexiva de actores que están inmersos en el mundo social. Su complejidad y reflexividad constituyen el fundamento para cuestionar, criticar y transformar el mundo en el cual nos encontramos.

Propongo analizar la subjetividad desde el paradigma del *embodiment*⁵ (Csordas 2011), que parte de comprender al cuerpo como el campo existencial de la cultura. El *embodiment* constituye una condición existencial en la que el cuerpo es la fuente subjetiva o el campo intersubjetivo de la experiencia. De esta manera, para su estudio diferencio tres dimensiones analíticas⁶:

A) En primer lugar *el análisis fenomenológico del estar-en-el-mundo pre-objetivo y pre-reflexivo del sujeto, el cual es primeramente corporal*. Merleau Ponty (1994) entiende al cuerpo como el punto de partida de la percepción. En este nivel no hay objetos aún (es

⁴ Con la noción de «conciencia cultural» la autora hace referencia a la sensibilidad colectiva de un conjunto de actores socialmente interrelacionados.

⁵ Puede traducirse como in-corporación o corporización, pero prefiero utilizar el inglés original del término de manera tal de abarcar estos diversos significados.

⁶ Para un análisis pormenorizado de las dimensiones analíticas de la subjetividad ver Roa, María Luz (2011). «Los/as jóvenes tareferos/as. Aportes teóricos y empíricos para la comprensión de subjetividades en transformación.». *IX Jornadas de la Carrera de Sociología. Capitalismo del siglo XXI, Crisis y reconfiguraciones - Luces y sombras en América Latina*, 9-12 de agosto del 2011, Carrera de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

pre-objetivo), simplemente estamos en el mundo⁷. De esta manera, no existe un aspecto pre-cultural en el cuerpo, sino pre-abstracto. Comenzar con la realidad perceptual permite: por un lado preguntarnos cómo nuestros cuerpos se tornan objetivados a través de procesos de reflexión —en donde los otros cumplen un importante rol en objetivarnos a nosotros—; y por otro lado ofrece a los análisis culturales un proceso humano de tomar y habitar el mundo cultural de manera abierta (cfr. Csordas 1990, 1994).

B) En segundo lugar, *entiendo al cuerpo como socialmente situado*, es decir, siendo portador de un *habitus* —estructuras estructuradas predispuestas para funcionar como estructuras estructurantes (Bourdieu 1988)— que establece ciertas maneras de ser y hacer. En este sentido, el cuerpo joven cumple una función-signo y a la juventud constituye una singular condición existencial que tiene al cuerpo como soporte concreto sobre el que se articulan los signos (Margulis y Urresti 2008). Así, la juventud como función se expone a un desgaste diferencial en la materialidad misma del cuerpo según el género, la etnia y la clase social.

C) Y en tercer lugar, la existencia del hombre no sólo es corporal, sino también *emocional*, o mejor dicho: corporalmente emocional. Esto se debe a que el hombre está afectivamente en el mundo, por lo que su estar-en-el-mundo constituye un continuo hilo de sentimientos vivos, difusos y cambiantes (Le Breton 2002).

⁷ En *Fenomenología de la Percepción*, Merleau Ponty (1994) plantea que mi cuerpo es un movimiento hacia el mundo, y el mundo resulta el punto de apoyo de mi cuerpo. El mundo en donde me sitúo es físico y social. Así, en primer lugar me encuentro arrojado hacia el mundo, el cual es el campo permanente o dimensión de la existencia.

Le Breton (2002) concibe como sentimiento a aquella tonalidad afectiva hacia un objeto que se encuentra marcada por una duración y homogeneidad en su contenido. Ésta se manifiesta en una combinación de sensaciones corporales, gestos y significaciones culturales aprendidas a través de las relaciones sociales. La emoción, en cambio, resulta la resonancia propia de un acontecimiento —pasado, presente o futuro; real o imaginario— en la relación entre el individuo y el mundo. Ella es un momento provisorio nacido de una causa en la que el sentimiento se cristalizó con una intensidad particular: sea alegría, tristeza, etc. Sentimiento y emoción se tiñen de la misma impregnación social, por lo que a mis fines analíticos lo agrupo bajo el término emoción.

Tomando los aportes de la Antropología de las Emociones, considero que el cuerpo está situado emocionalmente en el mundo, por lo que las emociones se encuentran relacionadas con las formas sociales y creencias culturales (Rosaldo 1984), y se alimentan de normas colectivas implícitas o de orientaciones de comportamiento que se expresan según el estilo y apropiación personal (Le Breton 2002). En este sentido, creo que la dimensión emocional se encuentra en el momento pre-objetivo del estar-en-el-mundo (Lyon y Barbaley 1994), teniendo un rol fundamental en el ser-del-cuerpo-en-sociedad.

El *self* como categoría abarcativa

Recapitulando: comienzo el estudio de la subjetividad —los modos de percepción, pensamiento, afecto, etc.— desde el paradigma del *embodiment*, tomando al cuerpo como punto de partida existencial. La experiencia de nuestro cuerpo es pre-objetiva y pre-reflexiva, el mismo está-en-el-mundo emocionalmente y se encuentra socialmente informado por *habitus* que constituyen

maneras de ser y hacer. Ello implica que nuestros modos de percepción son social y culturalmente condicionados. Asimismo nuestra percepción, pensamiento, emoción y acción —los cuales se encuentran interrelacionados por el *embodiment*— poseen un grado de libertad que otorga su capacidad reflexiva. He aquí la complejidad de la subjetividad: la misma se encuentra continuamente en transformación debido a la reflexividad entre el yo y el mundo, a la libertad que tiene el sujeto en la situación que lo precede (Merleau Ponty, 1994), lo constituye, y que él a su vez transforma.

Creo que la categoría de *self* (Csordas 1994) reúne las dimensiones de la subjetividad desarrolladas, permitiéndonos observarlas en el marco de continuas transformaciones:

El *self* no es ni una sustancia ni una entidad, sino una capacidad indeterminada de ocupar o volverse orientado en el mundo, caracterizada por el esfuerzo y la reflexividad. En este sentido, el *self* acontece como una conjunción de una experiencia corporal pre-reflexiva, un mundo culturalmente constituido, y la especificidad situacional o *habitus*. Los procesos del *self* son procesos de orientación en donde aspectos del mundo son tematizados, con el resultado de que el *self* es objetivado más regularmente como una «persona» con una identidad cultural o un set de identidades. (Csordas 1994:5, traducción propia).

Los procesos de reflexión entre el sujeto y el mundo —que podríamos decir que están cultural, social y económicamente constituidos— son justamente los procesos del *self*. A partir de ellos se pone en juego la relación entre libertad y situación; entre cuerpo y *habitus*; y entre *habitus*, emoción y práctica. Serán los procesos de *self* los que

me interesa observar en los jóvenes, de manera de poder comprender los cambios que pudo haber ocasionado la urbanización sobre la subjetividad de los *tareferos/as* a nivel general.

Aspectos metodológicos. Ensayando una poética de la cultura

Antes de abordar el apartado empírico, hago algunas acotaciones preliminares al lector sobre el proceso de investigación desde el cual escribo estas líneas. Teniendo al paradigma del *embodiment*⁸ como punto de partida de mi investigación en curso, me encuentro desarrollando una metodología etnográfica que da cuenta de una lectura ajustada al y desde el cuerpo, y que pone el foco en la dimensión cultural de las sensibilidades estéticas. Siguiendo a Desjerlais, esto significa que: «Con el término “estética de la experiencia” [...] hago referencia a maneras culturales tácitas, valores y sensibilidades —formas locales de ser y hacer— que prestan estilos específicos, configuraciones y cualidades a las experiencias locales» (Desjerlais 2011:65). De esta manera, me pregunto cómo los principios estéticos locales de los jóvenes *tareferos*, enraizados en sus experiencias corporales desarrolladas en los distintos territorios que habitan y transitan, y representados en sus interacciones sociales, nos pueden informar sobre las nociones nativas de persona, emoción y experiencia.

A continuación escribo sobre un conocimiento construido a lo largo de cinco trabajos de campo de tipo etnográfico en los

⁸ Vale aclarar que adopté el paradigma del *embodiment* una vez que el propio campo me demostró la relevancia del análisis del cuerpo para el caso de los/as jóvenes de familias *tareferas*. Es así que la perspectiva teórica delineada arriba se encuentra aún en construcción.

barrios periurbanos de las ciudades de Oberá (área centro de Misiones) y Montecarlo (área noroeste) durante los años 2009, 2010, y 2011. En ellos realicé alrededor de 70 entrevistas en profundidad, abiertas y semiestructuradas a jóvenes⁹ mujeres y varones de diferentes tipos de familias; y variados informantes tales como jefes y jefas de hogar y cónyuges de familias *tareferas*, contratistas y capataces, directores, maestros y psicopedagogos de escuelas de los barrios, delegados gremiales, entre otros. A su vez, parte del argumento se basa en numerosas prácticas de observación participante y charlas informales realizadas en hogares, escuelas, y diferentes ámbitos barriales durante los períodos de residencia prolongada en las ciudades. Con estos aportes empíricos, en las líneas que siguen a continuación intento ensayar una «poética de la cultura» que aborda el juego entre la imagen, el sentimiento y la experiencia (Desjerlais 2011). Es por ello que la escritura se delinea a lo largo de un bricolaje de relatos, imágenes y experiencias compartidas entre mis informantes y yo, y entre los trayectos de Misiones a Buenos Aires.

⁹ La definición de las Naciones Unidas considera como jóvenes al rango de 15 a 24 años, pero dicha definición se puede extender desde los 10 hasta los 26 años en estudios que intenten dar cuenta de la temprana inserción laboral. En la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, la juventud puede comprender desde los 8 a los 40 años. De todas maneras, los estudios estadísticos sobre juventud rural generalmente conciben como jóvenes a aquellos que se ubican entre los 13 a 30 años. Para el presente caso de estudio tomaremos un rango intermedio de los 12 a 25 años, lo cual nos permite observar la temprana inserción laboral de los/as jóvenes, las transformaciones que producen la maternidad y paternidad, y las posibilidades de emancipación juvenil.

Los procesos de *self* de los jóvenes de familias *tareferas*

La *tarefa* como un conocimiento práctico que se porta en y desde el cuerpo

La cosecha de la yerba mate es uno de los empleos con mayor estabilidad en los barrios periurbanos de Misiones que concentran trabajadores/as agrícolas¹⁰, ya que se realiza entre marzo y septiembre, y durante el mes de diciembre —la denominada *tarefa* de verano. La misma está ligada a la contratación de intermediarios contratistas

¹⁰ Tanto en Oberá como en Montecarlo, los barrios que concentran *tareferos* se expandieron a partir de mediados de los años '90 y continúan expandiéndose en la actualidad a pasos agigantados. Éstos cuentan con una población sumamente móvil en sus residencias —llamados por los maestros, asistentes sociales y demás personal que concurre a los barrios, «habitantes golondrina». La mayor parte de estas familias fueron expulsadas de las villas de trabajadores agrícolas en las colonias y de las fincas de los patrones, donde tenían su residencia. Analizando sus trayectorias residenciales, puedo observar dos momentos diferenciales en ellas: primeramente, cuando migran hacia las villas periurbanas hay un deambular de las familias por varios barrios y por las fincas donde encuentran trabajo temporal; e incluso puede haber trayectorias de migración temporal o definitiva a las grandes ciudades de Buenos Aires. Y en segundo lugar, se asientan en los barrios una vez que consiguen la escritura del terreno municipal que habitan o luego de conseguir mejoras en las casas por los planes sociales —lo cual también constituye varios de los motivos por los cuales regresan de Buenos Aires.

Estos barrios son los más estigmatizados de las ciudades. Las habladurías y la opinión pública concentran la delincuencia, drogas, alcoholismo, conflictos familiares, y demás problemas en los barrios *tareferos*, estigmatizaciones que los propios jóvenes perciben en las escuelas, en las salidas, y en los usos de la ciudad.

de mano de obra y a condiciones precarias e informales de trabajo. En la actualidad existen dos modalidades de cosecha de yerba mate: 1) aquella en la que se va y vuelve durante el día a cosechar a fincas cercanas a las ciudades. En esos casos el camión del contratista recoge al amanecer a los *tareferos* de sus casas en los barrios y los vuelve a llevar al anochecer. 2) Y la modalidad de campamento, extendida en la región a partir de la llamada «crisis de la yerba» de los años '90, implica que la cuadrilla se instale en precarios campamentos a los bordes de los yerbales durante 15 días¹¹ (Ver Fotografías 1 y 2).

Entretanto, durante el año 2011, en el marco de elecciones provinciales y nacionales, las inspecciones en campamentos por parte de la AFIP¹² pusieron en la opinión pública una verdad ya conocida durante décadas: la situación de alta precariedad de los *tareferos*, la que fue llamada por los medios de comunicación bajo un término que los propios *tareferos/as* mencionaban en sus discursos: el «trabajo esclavo». Sumando a esta situación las numerosas denuncias por parte del Sindicato de Tareferos de Montecarlo¹³ previas a la cosecha —que exigen la

suba del precio de la yerba y mejores condiciones laborales, y reclaman por la devolución de Asignaciones Familiares retenidas por el ANSES¹⁴—, en la cosecha del 2011 se construyeron casillas de madera con luz, baño, agua potable y cocina donde pudieran dormir los *tareferos/as* en los campamentos, y se comenzaron a implementar carros cargadores de raídos. De todas maneras, resultan condiciones laborales excepcionales aplicadas en algunas grandes fincas del Norte de la provincia, mientras que durante el año las amenazas por las inspecciones de la AFIP hicieron que se incrementara la modalidad de traslado por jornada (1) y disminuyera la modalidad de campamento (2)¹⁵.

La cosecha de yerba mate consiste en el corte de las ramas de la planta de yerba mate con serrucho o con tijera, su quebranza —es decir la separación de la hoja del palo grueso— y el embolsado de la yerba «ponchada» (cosechada y quebrada) en bolsas de arpillera de 100 a 120 kg llamadas raídos, los cuales se cargan en la espalda del *tarefero/a* hasta el camión. Considerando que el cobro de la *tarefa* es a destajo —es decir, por cantidad cosechada—, se requiere de la suficiente destreza en el corte, quebranza y armado del raído, la fuerza que permita la carga del mismo, y la rapidez necesaria para extraer la cantidad de hoja verde que alcance el jornal (la cual varía entre 700 y 1.200 kilos por día). Asimismo, en un contexto de alta incidencia de trabajo informal, resulta re-

¹¹ Para estudios referentes a la «crisis de la yerba» y la intermediación en el mercado laboral yerbatero en Misiones, ver Rau, V. (2005). *Los cosecheros de yerba mate: mercado de trabajo agrario y lucha social en Misiones*. Tesis doctoral no publicada para optar al Doctorado en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina; y Gortari, J. (comp.) (2007). *De la tierra sin mal al tractorazo. Hacia una economía política de la yerba mate*, Misiones, Ed. Universitaria de Misiones.

¹² Administración Federal de Ingresos Públicos Jurisdicción Misiones, jefe de región: Dr. José Poterala.

¹³ Sindicato fundado en el 2009 y reconocido por la CTA (Central de Trabajadores de Argentina).

¹⁴ Administración Nacional de Seguridad Social.

¹⁵ Para un análisis pormenorizado de la incidencia del trabajo en negro en la *tarefa* y las movilizaciones protagonizadas por el Sindicato de Tareferos de Montecarlo ver Ortiz, Rubén (en prensa). *Vida entre ponchadas*, Misiones, Editorial Universitaria, UNaM; y los seguimientos de la problemática por la periodista Alicia Rivas Zelaya de la Radio Universidad de Misiones.



Fotografía 1. Joven cargando puchos en el yerbal (Trabajo de campo mayo de 2012, fotografía de Diego Marcone).



Fotografía 2. Tareferos esperando que amanezca para comenzar el trabajo en el yerbal (Trabajo de campo mayo de 2012, fotografía de Diego Marcone).

currente que el *tarefero* cuente el trabajo de su cónyuge e hijos, de manera de incrementar la cantidad cosechada. Es por ello que, a pesar de estar vigente la prohibición del trabajo infantil desde el año 2008¹⁶, la generación de quienes actualmente tienen 14 años o más¹⁷ comenzó a ir a los yerbales a partir de los 10 años —y en edades más tempranas para los hermanos/as mayores de las familias. Desde entonces, los niños de familias *tareferas* acompañaban a sus padres y

madres a los yerbales durante los recesos escolares de invierno y verano, y al inicio del ciclo lectivo, ausentándose de las clases durante las quincenas en que la familia migraba a los campamentos.

De esta manera, observo que el ámbito laboral rural resultó un espacio de socialización primordial para los jóvenes de los barrios, un espacio en donde el *saber hacer tarefero* se fue incorporando, es decir haciendo cuerpo a través del aprendizaje por el juego y la ayuda familiar. Es así que muchos/as niños/as pedían a sus padres y madres que los lleven a la *tarefa*, para poder jugar en el monte, o los padres y madres los llevaban al yerbal por no tener con quién dejarlos. Éste es el caso de Daniel, que comenzó a ir al yerbal junto con su padre a los 4 años:

¹⁶ La ley 26.390 modifica distintos artículos de la Ley de Contrato de Trabajo (LCT) y también de otras leyes y estatutos (leyes 22.248, 23.551, 25.013 y ley 326/56). Si bien lo medular de la reforma apunta a elevar la edad mínima de admisión en el trabajo, también introduce otras modificaciones trascendentes: 1) modifica la LCT en materia de capacidad para celebrar contrato de trabajo en calidad de trabajador, elevando la edad mínima de admisión al empleo con la finalidad declarada de combatir el trabajo infantil y fortalecer la protección del trabajo adolescente. También introduce modificaciones en materia salarial y en lo relativo a la facultad para estar en juicio, y en las leyes 22.248, 23.551, 25.013 y el decreto ley 326/56 (Sociedad Argentina de Derecho Laboral, 2011).

¹⁷ Hago esta indicación generacional porque, a partir de la implementación del Plan Social «Asignación Universal por Hijo», en las escuelas se observa una menor cantidad de deserción escolar, debido a que ya no acompañan a sus padres y madres a la cosecha. Preliminarmente podría decir que esto se debe a dos factores: por un lado, a que uno de los requisitos para su cobro —\$ 220 por mes por hijo, y hasta 5 hijos— es la escolarización de los/as hijos, por lo que los padres se ven obligados a respetar la currícula escolar de los/as niños; y por otro lado, el ingreso de la Asignación Universal suele reemplazar el aporte de las cónyuges e hijos en la ayuda en la cosecha, por lo que las mujeres prefieren quedarse en el hogar con sus hijos. De todas maneras, las estrategias familiares varían según los tipos de familias, la cantidad de hijos y el orden de hermanos/as.

Luz: *¿Y te ibas al yerbal con tu papá o te quedabas en el campamento?*

Daniel: Yo me iba con él y tarefeaba también. Con yo íbamos los tres [su padre, su hermana menor y él]. [...] Mi papá hacía 4 líneas nomás. Yo iba a una y decíamos ¡jugamos a la carrera con papí! (Dice divertidamente) Y nosotros tarefeábamos. Yo cortaba línea (se corrige) yo estaba en una línea y cortaba todos los gajos. Y yo me iba a la mañana a tarefear, y sacábamos un... un raído, un raído y medio sacábamos con puchitos.

L: *[No puedo creer lo que me está diciendo, ¡tan chico sacando puchos!] ¿Ah... vos sacabas puchitos?*

D: Sí, yo con mi hermanita íbamos tarefeando...

L: *¡Qué grande!*

D: Con dos puchitos nosotros teníamos un raído desatado ya... con mi hermanita. Nosotros armábamos la ponchada y carreábamos donde estaba el raído.

L: *Y vos qué... ¿vos qué hacías? ¿Vos viruteabas? ¿Qué era lo que hacías? ¿Tu papá cortaba las...?*

D: Las ramas... [...] mi papá cortaba las ramas y nosotros viruteábamos...

L: *Ah... ¿virutear qué sería?*

D: Eh... así sacar las hojas, los gajos, todo eso.

L: *Lo verde importa ¿no?*

D: Aja...

L: *¿Es así?*

D: Y nos mandábamos los palos. Así los palos se juntaban, lo que no eran gruesos. Esos mandábamos todo...

L: *¿No se lastimaban cortando eso?*

D: (Hace gesto de no con la cabeza) porque cortábamos con tijera.

L: *¿Ah... ya cortabas con tijera?*

D: Mi papá hasta ahora tiene la tijera que compró.

Entrevista a Daniel (14 años).

Escuela Primaria del barrio 100 Hectáreas,

Oberá, noviembre de 2011.

O los casos de José Luis y Gustavo:

José Luis: Yo cuando era chico iba... vivía tarefeando con mi papá...

Gustavo: Yo iba con mi papá y ahí él tarefeaba y yo miraba, y después... [...]

JL: Yo iba desde chiquitito, desde los 6 años, por ahí...

Luz: *¿Y vos?*

G: También.

JL: Yo iba... [...] Ahí yo iba con mis hermanos, con todos mis hermanos... [...] Ellos eran así como él más o menos [como Gustavo que tiene 13 años]. Y ahí yo era más chico. [...] Sólo nosotros íbamos [los 5 hermanos mayores por parte del padre], pero llovía una vuelta fuimos y empezó a romper toda la carpa. Pero medio sufrimos. Yo era chico todavía... Teníamos que salir afuera a hacer canaletas todo alrededor del... del... la carpa. [...] Pero era feísimo.

Entrevista a Gustavo (13 años)

y José Luis (14 años).

Escuela Primaria del barrio San Miguel.

Oberá, agosto de 2011.

De esta manera, no hay una pedagogía que enseñe la labor de la *tarefa*, sino que la práctica es incorporada por el niño/a a través de la observación, la mimesis y la repetición de los movimientos en el juego. Se conformaron así esquemas fundamentales corporales y mentales (Wacquant 2006), que paulatinamente constituyeron un *saber hacer tarefero* y un *estar-en-el-yerbal*.

A continuación veremos cómo a lo largo de las trayectorias se portan tales esquemas, según el adiestramiento que tengan en la práctica de la *tarefa*.

El saber hacer constituye un ser

A diferencia de las representaciones regionales locales, que caracterizan a la *tarefa* como una actividad poco calificada, en los barrios se diferencia al que *tarefea* del que *es tarefero*. Quien es considerado por otros y se considera a sí mismo *tarefero*, es quien porta el conocimiento práctico del saber *tarefeare*, el cual es posible si *tarefeó* desde pequeño/a. Estos sujetos están todo el año a la espera de la *tarefa*, porque es entonces cuando perciben la mayor cantidad de ingresos. Ellos se identifican como *tareferos/as* porque la *tarefa* es el oficio que tienen fijo durante la mayor cantidad de meses del año, y el oficio que por su práctica les «conviene hacer», les «rinde». En cambio, quienes *tarefean* sólo de manera ocasional no se consideran *tareferos*, sino que la *tarefa* resulta el peor oficio de todas las changas urbanas o rurales que puedan conseguir. Román, que *tarefea* desde los 20 años y no se considera *tarefero*, me explica con su esposa María Inés:

Román: Por ejemplo el tarefero tarefero, que le decimos nosotros tarefero es la persona

que hace hasta 900 o 1.000 kilos o 1.300 kilos por día. Ése es el tarefero. Y después están los otros que hacen menos. Que van a tarefear pero ya hacen menos, o sea que hace de 800 para abajo. [...] Se ve la diferencia. María Inés: Sabe porque rinde mucho, rinde mucho.

R: Porque el tarefero más o menos... Yo en una oportunidad me fui al campo con un señor conocido, un tal Legoyo le decimos nosotros. Él hacía tres, cuatro raídos en menos de una hora.

Luz: *Es un montón, porque además el raído es de 100 kilos me había dicho...*

R: Por eso, por eso... Entonces mientras yo hacía uno o uno y medio él hacía tres o cuatro raídos. Esa es la diferencia del tarefero. Porque es tarefero. [...] Yo no sé si es una práctica. Para mí que es una práctica, o sea tiene más ligereza, no sé no...

MI: Siempre fue al yerbal...

R: Siempre anduvo en eso.

MI: Por ejemplo se crió ya... desde chiquito... Le agarra bien la mano y... [...]

R: Yo soy regular nomás. No llego al kilaje que hay que llegar, que llegan algunos.

Entrevista a Román (47 años) y

María Inés (46 años).

Barrio San Miguel, Oberá, agosto de 2011.

Los *tareferos/as* tienen el cuerpo habituado a estar en el yerbal y la práctica incorporada. Incluso entre los propios *tareferos/as* se establece una diferenciación por la adquisición del conocimiento práctico que distingue a los «más guapos de la cuadrilla», característica exclusiva del género masculino.

Patricia: Hay muchos que no son tareferos porque se mueven despacio... le buscan la vuelta. Y los tareferos no, van y con los pies van [hace un gesto con los pies como si avanzara por la capoeira, es decir las malezas entre las plantas de yerba].

Cristina: Como que un tarefero cuando va, va en alpargatas y va pisando lo que va y va...

P: Vos por ejemplo [me dice a mí] si vas a entrar en alpargatas al yerbal te vas a lastimar toda, pero el tarefero no.

Luz: *¿Va en alpargatas y no se lastima?*

P: No se lastima.

L: *Pero ¿por qué?, ¿por la forma de caminar?*

C: Sí, no se lastima y no se cae porque...

P: No siente más el tarefero

C: No siente nada.

P: Es como que tiene el cuerpo preparado... [...]

C: Por ahí no sentís mucho que te pican los bichitos ¿viste? Y uno, y vos por ejemplo sentís re bien cuando te está picando algún bichito... o te molesta.

L: *Yo me pongo como loca.*

C: Pero nosotros no.

P: No importa.

Entrevista a Patricia (22 años) y su hermana Cristina (25 años).

Barrio Cuatro Bocas, Montecarlo, noviembre de 2011.

Pulga: [...] Es la práctica, es la práctica que tienen. Es la práctica y el cuerpo que tenés. Porque hay de todo... viste que todas las personas no somos iguales. Hay el más lerdito, hay quien tiene más energía, hay quien tiene que correr, hay algunos con poco movimiento... [...] Y todas esas cosas viste que... siempre hay una diferencia. Entonces siempre hay el primero, el segundo y el tercero. Aquel es guapo, aquel es fulano, a aquel nadie lo pasa. Así está... [...] Se sabe, ya se conoce. [...] Siempre hay un líder o dos que... por ahí a veces están empatados [...]. Él es líder, más canchero... [...].

Entrevista al Pulga, tarefero adulto delegado del Sindicato de Tareferos de Barrio San Lorenzo, Montecarlo, agosto de 2011.

Gilberto: Claro, a lo mejor dicen «no son tareferos»... qué se yo, porque por ahí muchos hacen ladrillos ¿viste? Ahí entonces se pegan una escapadita y van a tarefear. Ahí entonces no se refieren a tarefero ¿viste? porque no están pendientes sólo de eso... eh... de ese tema. Y eh... uno que es tarefero mismo, vos estás sólo en eso nomás. Es... esa es la diferencia que hay. Por eso hay algunos que son tareferos, y otros no son. [...] [otros] van... ¿qué se yo? una semana por ahí y ya paran. Siguen en su ladrillo, cualquier otro trabajo que tienen. [...]

Entrevista a Gilberto (30 años).
Barrio 100 Hectáreas, Oberá,
agosto de 2011.

A lo largo de las trayectorias de adultos mayores de 27 años —la generación migrante del campo a la ciudad—, observo que desde las tempranas socializaciones en el yerbal se va constituyendo un *saber hacer tarefero* que se objetiva en un *ser tarefero*, asumiendo una identidad ligada a tal oficio. En cambio, en las trayectorias de los jóvenes menores de 25 años —ya socializados en la periurbanidad— observo que, a pesar de socializarse en los yerbales desde edades tempranas como las generaciones anteriores, estos procesos de objetivación del ser asumen variados caminos. Detengámonos en esta cuestión.

Tarefa como un medio,
tarefa como un fin...

Había decidido investigar sobre los jóvenes *tareferos* y sus identidades, que entonces suponía que debían ser *tareferas*. Estudios anteriores me decían que tradicionalmente la identidad del grupo de cosecheros/as de yerba mate estuvo otorgada en buena medida por su ocupación como *tareferos*, por lo que siendo la *tarefa* una actividad que

ocupa varios meses del año, el *habitus* de este grupo se hallaría disciplinado casi exclusivamente en la asalarización agrícola¹⁸. Entonces, lo primero que tendría que hacer sería ir a Misiones y conocer a estos jóvenes.

Pero cuando llegué a los barrios de Oberá no encontré a los jóvenes *tareferos*. Ninguno decía, ni en la escuela, ni en el barrio que era *tarefero*. Ninguno se identificaba con la *tarefa*. Con la beca de investigación en mano y un proyecto «muy bien escrito» comencé a preocuparme, porque me di cuenta de que mi sujeto de estudio no existía. Con el tiempo, el campo, nuevas lecturas y habiendo comprendido las dinámicas familiares de estos/as jóvenes, entendí que para ellos llamarse *tareferos* resulta algo vergonzoso, algo que se asume muy a duras penas y que difícilmente se le cuente a una extraña porteña universitaria que vaya por unos días al barrio o a la escuela a hacer preguntas raras. Ahí entendí que sólo haciendo etnografía podría comprender qué pasaba con ellos. Tenía que «estar ahí».

Resolví entonces buscar casos de jóvenes de familias con progenitores *tareferos/as*, mujeres y varones menores de 25 años escolarizados, no escolarizados y provenientes de distintos tipos de hogares; y viajar con la mayor asiduidad posible a Misiones, más allá de los tiempos de los proyectos que inicialmente financiaban mis viajes. En estos casos (que dividí en las franjas de 13 a 16 años, 17 a 19 años, y 20 a 25 años, según las concepciones culturales locales) me

¹⁸ Estudios precedentes vinculan la figura del tarefero con la de su antecesor histórico: el *mensú*, el cual perduró en la memoria colectiva regional como un elemento constituyente de su tradición. La «atracción» de esta imagen resulta por el destino trágico de los primeros trabajadores en la cosecha de yerba mate en el Alto Paraná, quienes murieron o resultaron heridos debido a las condiciones de trabajo en la cosecha. Ver Rau (2005).

convendría analizar las trayectorias escolares, laborales, religiosas, residenciales y familiares de estos jóvenes.

Así, fue en agosto de este año cuando tuve aquella charla iluminadora con Belén, Sergio y la negra, en la que me dijeron: «Pero mirá que una cosa es *tarefean* y otra cosa es ser *tarefero*». *Insight*. Recién entonces pude comprender que en los barrios se conforman distintos grupos jóvenes, cuya diferencia fundamental reside en la adquisición o no de la práctica *tarefera*.

Notas sobre el proceso de investigación en diario de campo, Buenos Aires, diciembre de 2011.

En el Cuadro 1 divido dos tipos de grupos de jóvenes de familias de tareferos/as de los barrios periurbanos.

Como se muestra en el cuadro, uno de los factores principales para la división en

tre los grupos de jóvenes es considerar a la *tarefa* como un medio o como un fin. Los jóvenes que consideran a la *tarefa* como un medio no se consideran *tareferos*. Ellos *tarefean* en las vacaciones y consiguen otras changas en la construcción o carpintería; o en el caso de las mujeres, en el servicio doméstico. Para ellos la *tarefa* y las otras changas son un medio para pagarse los útiles para sus estudios, o para comprar los bienes que consideran necesarios para asistir al colegio: las zapatillas, ropa y mochila. Estos/as jóvenes suelen ser los hermanos menores de las familias, a quienes sus padres, madres y hermanos apoyan para que continúen los estudios. Ellos son los pocos de sus familias que logran acceder al colegio secundario y esperan no *tarefean* como lo hicieron sus padres; y de esa manera hacer valer el sacrificio de sus familias. Tales jóvenes experimentan un tiempo presente de esfuerzos que

Cuadro 1: Grupos de jóvenes de familias tareferas que residen en los barrios periurbanos

JÓVENES NO TAREFEROS/AS TAREFA COMO MEDIO	JÓVENES TAREFEROS/AS TAREFA COMO FIN
<ul style="list-style-type: none"> • <i>Tarefean</i> en las vacaciones a modo de ayuda familiar o trabajan en servicio doméstico (en el caso de las chicas) <i>como medio</i> para pagarse sus estudios. • Varios de ellos son miembros activos de <i>iglesias evangélicas</i> de los barrios. • Estos jóvenes son quienes acceden al colegio secundario y esperan no <i>tarefean</i> como lo hicieron sus padres, y de esa manera hacer valer el sacrificio de sus familias. • Experimentan un tiempo presente de esfuerzos que permitirá un futuro mejor. Una expectativa común en Oberá y Montecarlo es la de llegar a ser gendarme o militar y no sufrir en la <i>tarefa</i> como lo hicieron sus padres. Otra muy común es la de poder migrar a Buenos Aires y conseguir un trabajo mejor en la ciudad. En ambas la salida del barrio se relaciona con un futuro mejor. 	<ul style="list-style-type: none"> • Hacia los 13 años los varones logran <i>tarefean</i> de manera individual, en ocasiones esta actividad los obliga a dejar los estudios o acceder a la escuela de manera intermitente. Conciben a <i>la tarefa como un fin</i> en sí mismo para sobrevivir. • El pasaje por la iglesia disminuye. • La mayor parte de las jóvenes que se junta y tiene hijos a los 14 o 15 años, comienza a <i>tarefean</i> con su novio y deja también la escuela. Generalmente <i>tarefean</i> hasta que cuenten con los recursos suficientes como para formar su propio hogar. • Viven en un tiempo presente, y sus expectativas son el sobrevivir día a día. Las perspectivas de estudio y la posibilidad de dejar la <i>tarefa</i> pasan para sus hijos. Ellos ya no tendrán un futuro mejor, su destino parece tener el mismo sufrir que el de sus padres, parece adoptar un sentido trágico. Este grupo es visto como la juventud perdida para los primeros.

Fuente: elaboración propia en base a entrevistas y notas de campo (2008, 2010, 2011).

permitirá un futuro mejor, lejos de la *tarefa* y del barrio. Una expectativa común en Oberá y Montecarlo es la de llegar a ser gendarme o militar, o poder migrar a alguna de las grandes ciudades de Buenos Aires y conseguir un trabajo mejor. En ambas, la salida del barrio se relaciona con un futuro prometedor, y las identificaciones personales se vinculan con el estudio y el futuro. Me resulta relevante que la mayor parte de los jóvenes de este grupo son activos miembros de iglesias evangélicas, o en algún momento de sus trayectorias pasaron por ellas. En este sentido, creo que las iglesias podrían constituir un viraje en las trayectorias y expectativas de estos/as jóvenes.

Éste es el caso de la hermana menor de Patricia y Cristina, quien a sus 15 años logró seguir en el secundario gracias al esfuerzo de sus padres y sus 4 hermanas que trabajan en la *tarefa*:

Patricia: Más vale que todos tenemos la ilusión de estudiar, pero cuesta ¿viste? Todos tenemos... Por eso ahora nosotros apoyamos mucho a la hermana [la hermana de 15 años] que está estudiando y queremos que estudie. Entonces nosotros nos esforzamos a trabajar y ella va a la escuela.

Luz: *Se esfuerza... Eso se hace en las familias ¿no? que...*

P: Sí...

L: *Se hace el esfuerzo por uno de los hermanos.*

P: Sí, nosotros por ejemplo, nosotros trabajamos para que ella no deje el estudio. Nosotros vamos y cuesta... con la carpida¹⁹ cues-

¹⁹ Carpida: labor de contra-estación que se realiza para eliminar malezas y remover la tierra, mejorando de esta forma la granulosidad de la misma, aumentando el contenido de aire y la meteorización necesaria para activar las reacciones del suelo, y con ello la descomposición de las sustancias orgánicas.

ta comprarle una zapatilla por ejemplo. Cuesta comprarle un jean, una remera...

Cristina: La remera...

P: Una remera por ejemplo. [...] por ahí no una zapatilla buena, pero le tiene que tener para cambiar por ejemplo eh... No puede ir una semana con una zapatilla por ejemplo. [...] La tierra ensucia, ensucia...

C: A parte los mismos chicos se burlan «porque vos sos pobre». [...]

L: *¿Cuál es la cargada más común que te dicen?*

P: Es como que se siente... es como que es menos. Es menos, ella es menos para ellos.

Mamá de Patricia y Cristina: Por la ropa, por la zapatilla...

Cristina: Por el celular, por todo eso.

Entrevista a Patricia (22 años), su hermana Cristina (25 años) y su mamá.

Barrio Cuatro Bocas, Montecarlo, noviembre de 2011.

En cambio, los jóvenes que conciben a la *tarefa* como un fin en sí mismo, es decir como único sustento y expectativa para el presente y el futuro, se consideran *tareferos*. Ellos son los jóvenes —generalmente los hermanos/as mayores de las familias—: 1) varones que hacia los 13 años logran *tarefeare* de manera individual²⁰ y abandonan los es-

²⁰ A continuación establezco una diferencia entre la cosecha a modo de «ayuda» y a modo «individual». Entiendo como «ayuda» a la labor de aquellos/as integrantes del hogar que cosechan la hoja de yerba mate en el mismo raído (bolsa en donde se junta y carga la yerba) que el jefe, de manera tal que son contratados/as indirectamente a través del jefe. Esta labor se diferencia de la cosecha individual. La realizan aquellos integrantes que cosechan de manera independiente su propio raído. Como la cosecha de yerba mate se cobra a destajo, aquel miembro que coseche de forma individual también cobra el jornal de manera independiente.

tudios luego de ausencias repetidas a la escuela o repitencias de dos o tres grados; 2) mujeres que se juntan y tienen hijos/as a los 15 o 16 años y comienzan a *tarefean* como forma de ayuda al novio, dejando la escuela; y 3) las jóvenes que son madres solteras y *tarefean* solas o acompañadas de algún familiar varón que les ayuda a cargar los ráidos, dejando también la escuela. En todos estos casos se vive en un tiempo presente, y las expectativas son el sobrevivir día a día en la *tarefa*, con la changa que se consiga durante la contra-estación y aguantando los períodos sin trabajo con los planes sociales que se puedan obtener. Para este grupo, el pasaje por la iglesia disminuye y las expectativas de estudio y posibilidad de dejar la *tarefa* pasan para sus hijos/as. Ellos ya no tendrán un futuro mejor, su destino parece tener el mismo sufrir que el de sus padres. Ellos son vistos como la juventud perdida para los primeros, como los «borrachos de la esquina»²¹.

Belén, hija de *tareferos* que no se considera *tarefera*, hacía una clasificación muy común en los barrios:

Belén: [...] porque hay chicos que trabajan y abandonan el colegio [...] dejan la escuela, y de ahí ya... la misma junta que hay en el yerbal les hace que ellos queden callejeros, no hacen nada... Pero hay chicos que trabajan de día ponele, y estudian a la noche.

²¹ Durante los fines de semana, cuando los/as *tareferos* bajan de los campamentos, los jóvenes se juntan a tomar en las esquinas del barrio y salen a las bailantas de la ciudad. Es así que en las familias *tareferas* los hombres suelen tener problemas de alcoholismo, mientras que son recurrentes los casos de violencia familiar (algo que está completamente naturalizado en los barrios). En cambio, las mujeres que *tarefean* durante los descansos de la cosecha suelen estar ocupadas en las tareas domésticas del hogar, o en el cuidado de sus hijos.

Que son más tranquilos. Bueno, después están los chicos que hacen trabajo pesado, que van más temprano y vienen de noche y no tienen tiempo ni de...

Luz: *¿Esos tarefean todo el tiempo?*

B: No, no... no son tareferos, todos tareferos: mi hermano [de 15 años] trabajó en construcción [también trabajó en la *tarefa* y durante noviembre fue a Buenos Aires a la cosecha de arándano]; hay otro que trabajan, ponele mi papá en carpintería... Y los tareferos son los... bueno esos son los que les gusta tomar, los tomadores son los tareferos ¿viste?

L: *¿Ah sí?*

B: Llega el fin de semana, tienen su cerveza, su cigarrillo y están ahí escuchando música fuerte están... amanecen ahí... molestan a las chicas que pasan y a las personas...

Er: *¿Y hay chicas así tareferas como ellos?*

B: No, las chicas ya casi no van más al yerbal. Antes sí era, ahora... ahora ya no tanto... Las chicas ya... algunas se acompañan; otras se... se van del barrio, van a vivir a Buenos Aires ponele. Después están las chicas que les gusta el baile así.

Er: *¿Y por qué toman tanto los que son tareferos?*

B: Porque les gusta... Son mal ¿cómo se llama?, malgastadores ¿viste? no valoran lo poco que ganan ¿viste? A ellos les gusta la diversión. La diversión para ellos es tomar. Para mí eso no es diversión.

Entrevista a Belén (18 años).

Escuela Secundaria Barrio 100 Hectáreas,
Oberá, noviembre de 2011.

A continuación veremos cómo la experiencia del cuerpo joven varía entre cada grupo.

Una enfermedad color verde

En los barrios se considera a la juventud como una etapa de la vida en la que se

tiene una mayor vitalidad corporal, la cual permite una superior capacidad para el trabajo en el ámbito público o privado²². Así, el análisis que realicé sobre los aportes de los jóvenes en las estrategias de reproducción familiar (Roa 2012) me permitió observar que estos jóvenes no cuentan con una moratoria social, sino que son quienes poseen mayores energías para proporcionar importantes aportes domésticos y económicos en los hogares.

Durante el año 2011 comencé a notar que aquel que *tarefea* experimenta la cosecha como una labor que va «fundiendo» paulatinamente su cuerpo, desgastando rápidamente sus energías vitales. Esto significa que los jóvenes insertos en la *tarefa* pierden precozmente su fuerza vital, y por ende su juventud. Sus cuerpos fuertes para el trabajo se debilitan por el prematuro y constante esfuerzo de cargar los raídos, los accidentes en el yerbal y las rutas, las picaduras de víboras y otros insectos, el estar bajo la lluvia, el sol, el calor, el frío, el rocío... Sus cuerpos sanos y jóvenes rápidamente se convierten en cuerpos enfermos incapaces para el trabajo pesado. Tal es así que entre los 35 y 40 años tanto hombres como mujeres generalmente no pueden tarefear más, alcanzando la vejez. ¿Causas? Infinitas: reuma; fracturas en las rodillas, brazos y caderas; ojos heridos; y otras enfermedades tales como cáncer de estómago por el consumo prolongado de aguas contaminadas con agrotóxicos en los yerbales. Los accidentes pocas veces son cubiertos por el empleador, ya que aunque el trabajador se encuentre en

blanco, el aporte a la obra social resulta insuficiente, contando únicamente con el hospital público²³. Y por otro lado, las enfermedades ocasionadas por el desgaste del cuerpo en el yerbal no se consideran enfermedades laborales. Serán entonces los hijos mayores quienes tengan que reemplazar el lugar del padre o madre en la *tarefa*, repitiéndose una vez más un «ciclo de fundición» que afecta a generaciones.

María Inés: Ahora tengo el hijo mayor que está tarefeando. Tiene 22 años, y parece que tiene 30 ya. Porque él ya le agarró la mano a la *tarefa*, no buscó otros medios, otro trabajo.

Román: Y bueno, por ejemplo ahí... en esa parte yo... yo, yo vi y sé que él ¿con... 16?

MI: No, con 14 años ya empezó a ir [...]

R: Hubo una oportunidad que él iba con 14, 15 años. Y él sacaba raídos de más de 100 kilos. [...] A eso nosotros le llamamos fundición: se funde la persona, el cuerpo físico. [...] Claro porque hacen fuerza... indebido, la edad de él no le ayuda para ese peso. [...] Con 15 años levantando 120 kilos de yerba. Es mucho, es mucho para la edad de él. [...] Ahora él es maduro, es maduro pero ya no tiene la fuerza que tenía antes. [...] Se desgasta el cuerpo físico, demasiado peso... indebido. [...]

MI: Yo a veces veo una persona grandota [alarga palabra] y no hace la fuerza que hace un chico de 15 años, 16 años. [...]

R: A esa edad haciendo fuerza, a los 14, 15, 16 años... haciendo peso... trabajo que no

²² Dada la valoración del trabajo para la constitución de la persona, quienes no trabajan son considerados vagos —a pesar de que estudien o no. Es por ello que la mayor parte de los jóvenes realiza alguna changa durante el año, a la que no consideran necesariamente como un trabajo.

²³ Teniendo en cuenta que los *tareferos* comprenden que están enfermos desde el momento en que no pueden trabajar, la asistencia al hospital o sala sanitaria en ocasiones se da al mes o a los dos meses después de contraída la enfermedad. En este sentido, pude registrar casos de fallecimiento por la falta de cuidados sanitarios ante las enfermedades contraídas en el yerbal.

es para ese cuerpo físico, por ejemplo la *tarefa* en esa parte es perder la fuerza y perder la juventud también. [...] Sí porque no da resultado, la *tarefa* no te da resultado.

Entrevista cónyuges María Inés y Román.
Barrio San Miguel, Oberá,
agosto de 2011.

Creo que para el caso de los jóvenes de familias *tareferas*, la noción de moratoria vital resulta explicativa para entender las cualidades de su condición juvenil, ya que a través de ella puedo distinguir claramente a los jóvenes de los no jóvenes en este sector. Veamos cómo Margulis y Urresti explican el concepto: «Teniendo la noción de moratoria vital (capital energético) como característica de la juventud, se puede hablar de algo que no cambia por clase, sino que depende de un segmento —en cierto término del desarrollo de la economía del cuerpo— de sus fuerzas disponibles, de su capacidad productiva, de sus posibilidades de desplazamiento, de su resistencia al esfuerzo. [...] Esa energía vital propia de la moratoria cambia de expresión: el capital energético se convierte en otra cosa, se moviliza con otra lógica, apareciendo como crédito social, una masa de tiempo futuro no invertido, disponible de manera diferencial según la clase social» (Margulis y Urresti 2008:6).

En este sentido, el presente caso resulta ilustrativo sobre cómo en una misma clase social, la fundición del cuerpo resulta diferencial según el sector de jóvenes. Para el grupo de jóvenes que practican la *tarefa* como un medio y que no se consideran *tareferos*, su cuerpo se desgasta en menor medida que los jóvenes *tareferos*, es decir, que quienes practican la *tarefa* como un fin. Es por ello que cuentan con un cuerpo más cercano a los estándares hegemónicos. En cambio el joven que es *tarefero*, es decir, quien se dedica a ello desde pequeño y que asume tal

conocimiento práctico con la destreza necesaria; parece portar el estigma del envejecimiento precoz. El mismo se evidencia por su cuerpo enfermo que revela su estadía de sol a sol en la tierra colorada. Parece conformarse así una identidad difícil de ocultar, porque el propio cuerpo la delata. En este sentido, Sonia y Cristina me decían:

Cristina: Es como que vos mirás a un tarefero y mirás a uno que trabaja en una fábrica que está bajo techo, que esto... bueno... en el momento vas a darte cuenta el cambio que hay en esa persona. Por la piel, por la forma... es como que se arruga todo así. Queda deteriorado vamos a poner... [...] Va a reconocerle por la piel, por la piel, por la forma de la piel, por la forma del pelo, de la piel... Las manos [...] es como que se arrugan todo [...] es una piel gruesa ¿ves? [me muestra sus gruesas manos morenas] [...] Ahora viene esta otra parte: de que funde el cuerpo por dentro [...] por el mojado, porque constantemente estamos mojados. Y la misma ropa gruesa que tenemos, lo que sea, se seca por el cuerpo. Y eso te va dañando profundamente en los huesos...

Sonia: La cintura...

C: Que te agarra reuma, que te jode la cintura que te jo... en todas partes te jodés... Sabés qué dolor tremendo tenés en los huesos. Yo por lo menos que hace tiempo estoy tarefeando... Sabés que por dentro duele todo el hueso, duele todo [...] se hincha todo [...] Sos una persona que te vas a enfermar tarde o temprano... [...]

Entrevista a Sonia y Cristina (tareferas
adultas mayores de 30 años).
Barrio Cuatro Bocas, Montecarlo,
agosto de 2011.

Caminando por el barrio de San Miguel (Oberá) durante la época de zafra, me

voy dando cuenta quién viene del yerbal. Hacia las 7 de la tarde van llegando los *tareferos* de vuelta al barrio en los destartalados camiones que se van arrimando mientras que asoman los aromas de las cocinas a leña.

En Oberá me resulta sencillo reconocer a un *tarefero* o *tarefera*. Sus cuerpos —morochos o gringos como se dice acá— están curtidos por la cosecha de sol a sol, sus ojos están llorosos por las infecciones ocasionadas por las astillas de las ramas del yerbal o por las picaduras de los bichos. Hombres flacos pero fibrosos. Manos grandes y callosas. Miradas dolorosas curtidas por el sufrir en el yerbal. Mujeres con vientres de muchos hijos, grandotas, morrudas, con espaldas anchas y fuertes de tanto cargar raídos. Sus cuerpos están también marcados por heridas del yerbal, operaciones por cortes, hernias, por la tierra colorada que llega hasta la cintura... Las marcas en sus cuerpos y en sus miradas las veo desde edades tempranas: 12, 13 años. ¿Perdieron la inocencia? A los 12 o 13 años las mujeres empiezan a tener hijos, a los 26 (mi edad) ya sos una señora. ¿Hay juventud?

Notas de campo, Oberá, abril de 2011.

Tarefa que me hiciste sufrir...

Hasta aquí reflexioné cómo a través de la temprana socialización *en-el-yerbal* se configuran esquemas corporales y mentales que constituyen un *saber hacer tarefero*. El mismo se asume desde la materialidad misma del cuerpo e implica un desgaste prematuro de las energías vitales. Ya es momento de añadir una tercera y última dimensión que considero fundamental para comprender la complejidad del *ser tarefero*: la dimensión emocional.

Así como la yerba mate es conocida regionalmente como un producto noble que le otorga identidad a la región, siendo Mi-

siones una provincia cuyo «mito de origen» se vincula al proceso de colonización agrícola e inmigración europea; los trabajadores agropecuarios han sido tradicionalmente excluidos de las representaciones hegemónicas (Rau 2005). En este sentido, en la región la *tarefa* es considerada como la peor ocupación que se pueda tener, como una «actividad de negros» cercana a la esclavitud; calificaciones vinculadas al origen guaraní de la figura que antecedió a los *tareferos*: «el mensú»²⁴. Es así que me pregunto: ¿cómo experimentan estas representaciones los propios *tareferos*?

Creo que a lo largo de las trayectorias de los *tareferos/las* se va dando forma a una cierta paleta de sentimientos corporizados que están intrínsecamente relacionados con el *ser-en-el-yerbal*, los cuales son constituyentes no sólo de una *manera de hacer tarefera*, sino también de una *manera de ser tarefero*²⁵.

²⁴ Mensú es el nombre que recibió el cosechero de yerba mate durante el régimen de explotación extractiva que se denominó «el Alto Paraná», el cual se ubicaba a lo largo de un paralelogramo que comprendía el centro y norte de Misiones en Argentina, sur del estado de Paraná y oeste de Santa Catarina en Brasil, y los departamentos sur orientales de Paraguay, teniendo como eje los puertos de los ríos Paraná y Uruguay. Este régimen —extractivo de la fuerza de trabajo y los recursos naturales— funcionó durante el último tercio del siglo XIX, declinando hasta desaparecer en la década de 1940 (Alvira 2009). Históricamente, el trabajo del mensú ha sido asimilado a un régimen servil o semi-esclavo, que quedó sellado en la cultura regional a través de la literatura, el cine y la música. Ver: Augusto Roa Bastos, *El trueno entre las hojas*; Horacio Quiroga, *Los mensú*; Film *Los Prisioneros de la tierra* (1939), de Mario Soffici; Film *Las aguas bajan turbias*, de Hugo del Carril; Galopa *El mensú*, letra de Ramón Ayala, música de José Vicente Cidade, entre otros.

²⁵ Y digo *tarefero*, porque considero que es una manera de ser que se asocia con una actividad

El *tarefero* es quien porta la peor de las ocupaciones, la más baja de todas, y es quien experimenta el peor de los sufrimientos: el *sufrimiento del yerbal*. Este sentimiento se encuentra asociado a las duras condiciones que experimenta el cuerpo que se funde en el monte año tras año. El frío de la noche, las lluvias, el calor, el cuerpo constantemente mojado y la preocupación y dolor permanentes que ello genera, parecen acumularse en el cuerpo a la manera de *sedimentos del sufrir*. A través de la acumulación de los duros penares en las sucesivas cosechas —fundamentalmente bajo la modalidad del campamento— se constituye una identidad ligada al sufrimiento, en trayectorias que parecen estar conducidas por un inevitable destino trágico.

Carolina: Yo no tengo vergüenza de lo que yo soy, porque...

Luz: ¿Qué? ¿Hay gente que tiene vergüenza?

C: Sí. Viste, mi abuela me ha criado con eso. Y... yo sé lo que es el sufrimiento del tarefero por eso... (pausa).

L: ¿Por qué el sufrimiento?

C: Sí, porque se sufre mucho, más con los chicos bastante... con [no se entiende] cuando viene lluvia, todo... El trabajo más pesado es el del tarefero. [...] Los otros se sienten más que uno porque no saben lo que va a hacer el tarefero.

L: ¿Y cómo es el trabajo del tarefero?

C: Si uno va y viene... tenés que estar a las 4 despierto, ahí salís [...] tenés que estar a las corridas preparado [...] y cuando tarefeás tenés que cargar. Tenés que cargar todo de nuevo el raído. Ahora creo que es un problema esto del raído...

Entrevista a Carolina (27 años).

masculina que la realizan tanto hombres como mujeres, constituyéndose como una identidad masculina.

Barrio 100 Hectáreas, Oberá,
abril de 2011.

Cristina: Y ser tarefero... ir a trabajar y bueno, a cosechar esa yerba...

Sonia: Es un trabajo muy feo, pero no queda otra que hacer.

C: ¡Sucio! Es un trabajo sucio. Por eso dicen por cierto, cuando dicen tarefero es porque es un trabajo sucio y más un trabajo que está debajo de todos los trabajos, ya... Viste, cuando escuchás tarefero... ah bueno tarefero... Los tareferos no tienen estudios, los tareferos son prácticamente bien analfabetos, muchísimos tareferos, ni siquiera sabe leer, ni siquiera conoce una ley [...] Los tareferos van por debajo de todas las cosas. Quizás los tareferos son menos de que los aborígenes. ¿Viste que los... que los aborígenes tienen ayuda del gobierno, tiene eso, tiene aquello...? Los tareferos no. [...] Está por debajo del aborigen ¿cierto?

S: Cierto.

C: Es la pura verdad. [...]

S: Nosotros nos sentimos esclavizados, esclavizados... es un trabajo muy esclavizado... [...]

Entrevista a Sonia y Cristina (tareferas adultas mayores de 30 años).
Barrio Cuatro Bocas, Montecarlo,
agosto de 2011.

Luz: ¿Qué es que sea sufrido?

Román: Y bueno, se pasa mal, se vive mal no... no... [...] Por ejemplo si usted va a trabajar a un trabajo pesado y no desayuna y no come imagine que el cuerpo se complica. Y a eso le llamamos sufrimiento, eso es sufrir. Y el trabajo pesado.

Belén: Y además el frío y el calor...

R: El frío, el calor, todas esas cosas. [...] en el camión en las heladas, eso todo hay que soportar y eso es sufrimiento... sufrir el frío. Y el calor, el calor del... sol, que uno práctica-

mente cada una hora una hora y media hay que estar bajo la sombra. [...] Imagínese 30, 35 grados de calor. Uno está en medio del sol ahí removiendo la tierra, por ejemplo la carpida: eso es todo polvo que va por la ropa, por el cuerpo y... Y a eso nosotros le llamamos sufrir... Trabajo sufrido. Y a eso yo no quiero que ellos [sus hijos] lleguen ¿no? A ella que está estudiando que procure salir adelante [...]

Entrevista a Belén (18 años)
y su papá Román.
Barrio San Miguel, Oberá,
agosto de 2011.

Este tipo de sufrimiento refleja la manera más íntima en que el cuerpo experimenta las condiciones de trabajo en el yerbal. El *tarefero* porta el estigma de practicar una actividad «de negros» que lo/a convierte a alguien cercano al esclavo, sin derechos, con una pobreza que desespera, un hombre o mujer *sufridos*.

En la actualidad, los jóvenes parecen renegar de esta identidad. No quieren ser *tareferos*, no quieren sufrir como lo hicieron sus padres y madres. Es por ello que resisten a identificarse como *tareferos*, tratando de que las ropas de moda puedan ocultar las marcas del yerbal en el cuerpo. Es así que quienes *tarefean sin ser tareferos* se identifican con los múltiples sueños que quieren hacer en el futuro, con la escuela, los grupos de pares y con las ocupaciones ligadas a lo urbano. Sueñan con un futuro que los aleje del sufrir de generaciones y generaciones, que los aleje del barrio y sobre todo del yerbal...

Sergio: En mi caso mi papá me dijo que yo nunca piense en tarefear, sino que yo piense en estudiar y seguir una carrera para que en el día de mañana yo no tenga que sufrir y pasar todo lo que él pasó.

Luz: ¿Por qué? ¿El *tarefero* sufre?

Se: Sí, sufre...

Belén: Lluvia, frío, heladas, viento, calor, solazo...

S: Como sea tenés que ir igual. Estés bien o estés mal tenés que ir. [...]

S: [...] Nos damos cuenta que nuestros padres sufrieron un montón.

L: ¿*Sufrieron más?*

S: Porque nosotros ahora tenemos mucha más comodidad que antes. Porque antes era diferente, la escuela era lejos, tenían que trabajar sí o sí. En cambio ahora tenemos todo servido prácticamente. Tenemos que salir a estudiar...

Entrevista con Belén (18 años), La Negra (15 años) y Sergio (18 años), alumnos de la Escuela Secundaria BOP N°10.
Barrio 100 Hectáreas, Oberá,
agosto de 2011.

En cambio, los jóvenes que se dedican a la *tarefa como un fin* en ocasiones se avergüenzan de su ocupación, y por ejemplo son recurrentes los casos en los que no cuentan en la escuela a qué se dedican, o en los boliches bailables dicen que trabajan en otras ocupaciones. También en los barrios suelen formarse disputas entre los jóvenes «agrandados» y los «normales». Los «agrandados» tratan de ocultar que *tarefean* usando ropa de marca, celulares caros y haciendo las salidas y reuniones fuera del barrio, sin decir jamás de qué trabajan. Dicho ocultamiento y consumos culturales son mal vistos por los jóvenes *tareferos* que conciben a tal ocupación como identitaria. Es por ello que en un primer momento de mi investigación me resultaba tan difícil encontrar a los jóvenes *tareferos*.

Sonia: (dice riendo) Pongámosle a mi hermano Hernán, él dice que no es tarefero (ríe).
[...] Es joven...

Cristina: Como te estamos diciendo de que

es un trabajo... no sé... feo, feo.

Luz: Ah ¿Los chicos jóvenes no lo dicen?

S: No, ellos no...

C: Ellos dicen que trabajan en aserradero, algo así viste... [...]

L: ¿Y dónde dijo eso?

S: No sé, en Montecarlo, en una bicicletería...

Entrevista a Sonia y Cristina (tareferas adultas mayores de 30 años).

Barrio Cuatro Bocas, Montecarlo, agosto de 2011.

Pero con los avatares de sus trayectorias y la resignación que dibuja la pobreza, los jóvenes insertos en la *arefa* terminan adoptando la identificación como *tareferos*. El *saber* hacer finalmente conforma una *manera de ser tarefera* estigmatizada, vergonzosa, que se sufre desde las profundidades de la carne.

Conclusiones inconclusas

Vagando por el Quai des Célestins piso unas hojas secas y cuando levanto una y la miro bien la veo llena de polvo de oro viejo, con por debajo unas tierras profundas como el perfume musgoso que se me pega en la mano. Por todo eso traigo las hojas secas a mi pieza y las sujeto en la pantalla de una lámpara. Viene Ossip, se queda dos horas y ni siquiera mira la lámpara. Al otro día aparece Etienne, y todavía con la boina en la mano, *Dis donc, c'est épatant, ça!*, y levanta la lámpara, estudia las hojas, se entusiasma, Durero, las nervaduras, etcétera.

Una misma situación y dos versiones... Me quedo pensando en todas las hojas que no veré yo, el juntador de hojas secas, en tanta cosa que habrá en el aire y que no ven estos ojos, pobre murciélagos de novelas y cines y flores disecadas. Por todos lados habrá lámparas, habrá hojas que no veré.

(Cortázar 1995:408).

A contrapelo del ámbito académico, en donde nos piden y nos pedimos una constante demostración de conclusiones acabadas en la menor cantidad de tiempo posible; los espacios-tiempos del trabajo de campo nos enfrentan con un mundo de difícil comprensión, con hojas que vemos, sentimos, escuchamos, y otras tantas que dejamos ir. Aquellos que nos decimos investigadores quedamos imbuidos en una suerte de paranoia entre congresos, publicaciones, proyectos a corto plazo, puntajes y resultados acelerados; y un conocimiento colectivo que se toma sus tiempos, espacios y formas, que se hace esperar, que intenta forjarse un camino del corazón, parafraseando a Don Juan (Castaneda 2010).

Siendo porteña, de origen burgués y católico, intentando hallarme en un ser socióloga siempre apresurado y contradictorio, y desde una percepción teñida por mi ser artista hecho cuerpo; lo primero que me sorprendió de mis viajes iniciáticos a Misiones fueron estas largas historias de sufrimiento y dolor semejantes a un culebrón mexicano, pero desgraciadamente sin un final feliz. Imágenes de los ojos tristes de la pobreza, los pies colorados, las manos heridas, la fiebre de las mujeres por limpiar el rojo de la tierra de las alpargatas. Por limpiar la vergüenza de la *arefa*. ¿Cómo hacen estas mujeres y hombres para soportar tantos avatares que se trazan desde años y años de explotación en los yerbales? ¿Cómo poder entender estos modos de vida? ¿Qué continuidades y transformaciones tienen los jóvenes respecto de la generación de sus padres y madres que migraron de un campo que los expulsó? ¿Cómo habitan un espacio que se define por estar en los bordes del campo y la ciudad? ¿Cómo piensan y sienten estos chicos? ¿Cómo experimentan sus cuerpos? ¿Se sienten jóvenes? Y si lo fueran ¿cuándo dejan de serlo? ¿Cuándo pierden la

inocencia? ¿Cómo poder escribir sobre ello? No lo sé. O creo pensar en algunas respuestas aún enmarañadas por un caos de relatos, imágenes, sonidos y olores que guardo en mis notas de campo y en mi cuerpo.

Lo que puedo decir es que mi experiencia a lo largo de los viajes de campo de estos años, me ha demostrado que las subjetividades de estos jóvenes son complejas en su constitución, y que las dimensiones que abarcan son múltiples, involucrando tanto el cuerpo, las maneras de ser y hacer, las maneras de sentir, y tantas otras dimensiones más. Conociendo solamente una pequeña parte de las historias de Sergio, la negra, Cabeza, Cristina, Gerardo, Gustavo, José Luis, Giselle, Aureliana, Sonia, el Pulga y otros jóvenes y adultos de familias *tareferas*; y a través de los lentes de mi propia subjetividad, podría decir que estos procesos de orientación en el mundo que conforman el *self* de los jóvenes se encuentran condicionados por las *maneras de estar y sentir en la tarefa*. Así, estas personas me están enseñando cómo el *estar-en-el-yerbal* da lugar a la conformación de esquemas corporales, mentales y emocionales que dibujan *maneras de hacer, estar y de ser* dinámicas, las cuales se transforman de generación en generación, y cuya constitución resulta conflictiva.

En este sentido, creo que los *tareferos* pueden enseñarnos cómo en ciertas relaciones sociales la emoción resulta un factor relevante en la objetivación de sujetos sociales. Al respecto, Crossley —leyendo a Merleau Ponty— destaca:

El significado sociológico de esta forma de entender al afecto es doble. En primera instancia nos permite ver a la agencia social corporizada como una agencia afectiva y, así, ver al afecto como una parte constitutiva clave de la formación social —además del lenguaje y otras formas de acción prácticas.

El afecto puede verse, por ejemplo, como un factor productivo clave en la constitución de (algunas) relaciones sociales. En segunda instancia, nos permite estudiar sociológicamente al afecto. Los afectos [...] son vistos [...] como formas afectivas de ser-en-el-mundo, formas culturales estilizadas de conducta que pueden ser estudiadas como tales (Crossley 2007:10).

En los barrios *tareferos* de Misiones parecería conformarse una juventud asociada a la moratoria vital, a la fuerza de un cuerpo sano listo para asumir importantes responsabilidades en el hogar. Y la experiencia juvenil resulta a su vez diferencial al interior de la clase social *tarefera*, existiendo distintas experiencias que varían según las trayectorias de los jóvenes y sus posibilidades de resistencia. A pesar de iniciarse en la *tarefa* a edades tempranas, los jóvenes resisten a posicionarse en el destino trágico de sus padres, a portar el *sufrimiento tarefero* de sedimentos y sedimentos de campamentos en los yerbales. Existen trayectorias marcadas por la tentativa de continuar el colegio y salir de los barrios, y por el intento de no ser como sus padres y madres, usando la *tarefa* como un medio para un futuro mejor. El *self* se objetiva así como un set de identidades ligadas al estudio, la iglesia, los consumos culturales y fundamentalmente al *ser en el futuro*.

Pero la maternidad temprana, las intensas necesidades del ser pobre y el orden de hermanos en las familias, hacen que otra parte de los jóvenes opte por permanecer trabajando tiempo completo en la *tarefa*, dejando los estudios, y asumiendo el estigma del *ser tarefero*. Así, para estos/as jóvenes que objetivan su *self* con la identidad del *ser tareferos*, las expectativas de un futuro mejor serán para las próximas generaciones. Ellos ya no tienen un mañana, sólo

un presente consumido por el sobrevivir día a día en los vergonzosos yerbales, la changa durante la inter-zafra, la búsqueda de planes sociales y la desesperación que produce el hambre. Desde entonces la *tarefa* desgasta sus cuerpos, fundiéndolos y quitando sus energías vitales a una corta edad. Habrá que ocultarla a través del secreto, las zapatillas de marca, la mirada esquiva y el silencio.

En este sentido, y considerando que los cambios de las nuevas territorializaciones podrían conllevar una identificación con lugares híbridos —rurales y urbanos— multiidentitarios (Haesbaert 2007), resalto la potencialidad heurística de la categoría *self*, la cual nos permite indagar sobre las múltiples aristas identitarias que tenemos desde la intimidad de la carne, los *habitus* y las emociones.

Preguntas latentes

«Pero en el estudio de campo hay algo que forma insidiosamente hábito. La resaca antropológica no es más efectiva como terapia de aversión que cualquier otra. Varias semanas después de mi retorno llamé por teléfono al amigo cuya conversación me había decidido a marcharme al campo.

—Ah, ya has vuelto.

—Sí.

—¿Ha sido aburrido?

—Sí.

—¿Te has puesto muy enfermo?

—Sí.

—¿Has traído unas notas a las que no encuentras ni pies ni cabeza y te has dado cuenta de que te olvidaste de hacer todas las preguntas importantes?

—Sí.

—¿Cuándo piensas volver?

Me reí débilmente. Sin embargo, seis meses más tarde regresaba al país Dowayo.»

(Barley 2010:233-234)

Pero este trabajo es sólo una parte más del proceso. Un breve momento de *insight*. Y al releerlo me veo tentada de volver a hacerlo, desarmarlo y rearmarlo, modificar el uso de conceptos, agregar nuevos relatos, darme el tiempo para reflexionar sobre nuevas intuiciones que aún no puedo traducir en pensamientos acabados. Pero no lo haré (por el momento). Lo dejo cristalizado en estas líneas que seguramente modificaré en unos meses. Dejo entonces algunas dudas y líneas abiertas que estoy reflexionando, las cuales seguramente vuelva a criticar al regresar de mi próximo campo. Otras tantas quedan en mis notas de papel esparcidas como un rompecabezas en la mesa en donde estoy escribiendo, intentando encontrar algún sentido.

Actualmente me pregunto sobre el lugar que tienen otro tipo de experiencias ligadas a lo urbano en la constitución del *self* de estos jóvenes. Al respecto, estoy observando que la asistencia a las numerosas Iglesias Evangélicas que pueblan los barrios puede conformar un punto de viraje en las subjetividades marcadas por el sufrimiento. Cabe mencionar las redes de asistencia mutua que proporcionan dichas instituciones, así como los ámbitos de socialización juveniles cristianos, los cuales otorgan nuevos modos de procesar y significar el sufrimiento, formulando procesos de transformación subjetiva diferenciales.

Y por último, considerando que el *self* del tarefero se liga a una práctica concebida como esencialmente masculina me pregunto: ¿qué diferencias se pueden encontrar entre los procesos de *self* de hombres y mujeres, considerando sus dimensiones corporal, situacional y emocional? Es relevante mencionar que en los últimos cuatro años pude observar cómo crecientemente las mujeres resultan las primeras que salen a buscar ayuda social y económica en las épocas

de contra-estación, son quienes cobran y administran el dinero estable en el hogar suministrado por los planes sociales, e incluso son las primeras en manifestarse sindicalmente para el caso de Montecarlo. Estos factores, ligados a las predisposiciones propias de su rol de responsables del ámbito de reproducción privado, parecerían indicarme transformaciones en los *habitus* ligadas a un nuevo lugar de la mujer como proveedora económica del hogar; y una dificultad de los hombres por mantener su rol de proveedores económicos, dada la inserción temporal en la *tarefa* y ocasional en otras changas.

Tales son algunas de las preguntas y líneas de investigación que estoy elaborando.

Agradecimientos

El presente estudio se enmarca en una investigación doctoral que indaga acerca de los procesos de conformación y transformación de las subjetividades juveniles de asalariados/as agrícolas periurbanizados. La misma forma parte del PRI (Proyecto de Reconocimiento Institucional de la Facultad de Filosofía y Letras - UBA) «Antropología de la subjetividad: una perspectiva teórico-metodológica». Se presentó una versión preliminar del estudio en la «I Jornada de Investigadores en Formación del Instituto de Desarrollo Económico y Social», 16 y 17 de noviembre de 2011, Buenos Aires, Argentina; y en el N°20 de la *Revista Trabajo y Sociedad* (verano 2013).

Para la elaboración del presente trabajo agradezco las fructíferas sugerencias y discusiones realizadas con los asistentes y comentaristas de aquella «I Jornada de Investigadores en Formación del Instituto de Desarrollo Económico y Social»; los comentarios de los evaluadores y comité editor de Estudios Sociales del NOA Nueva Serie; así

como también las inspiradas charlas con Paula Cabrera, las generosas sugerencias de Mario Margulis, Mariela Mosqueira y Diego Marcone, y las discusiones realizadas con el Equipo de Investigación de Antropología de la Subjetividad durante el 2011. Mis más profundos agradecimientos al trabajador social Sergio Vega; a las periodistas Alicia Rivas Zelaya y Marina Casares; a los *tareferos* delegados del Sindicato de Tareferos de Montecarlo, Sonia Lemos, Ramón Sotelo y Cristóbal Maidana; y al historiador y dirigente gremial Rubén Ortiz por la colaboración en obtención de información y contactos durante los trabajos de campo. Por último, agradezco las prácticas durante las clases de Entrenamiento Corporal para la Escena I de la Cátedra Distéfano, Comisión Andrea Juliá con la ayudantía de Damiana Poggi (Licenciatura en Actuación, Departamento de Artes Dramáticas, Instituto Universitario Nacional de Arte), las cuales a lo largo del 2011 me permitieron reflexionar desde el cuerpo tantas experiencias vividas en Misiones.

Bibliografía

- Alvira, P. (2009). «Infierno verde. Las aguas bajan turbias y la explotación de los mensúes en el Alto Paraná (1880-1940)». *Naveg@américa*, N° 9. España.
- Barley, N. (2010). *El antropólogo inocente*. Ed. Anagrama. Barcelona.
- Bourdieu, P. (1988). *Cosas dichas*. Ed. Gedisa. Buenos Aires.
- Castaneda, C. (2010). *Las enseñanzas de Don Juan*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- Csordas, T. (1994). *The Sacred Self: a cultural phenomenology of charismatic healing*. Editorial University of California Press, Berkeley.
- (2011). «La in-corporación como paradigma para la antropología». En: Cabrera, P., Lozano Rivera, C. y Roa, M.L. *Fichas del Equipo de Antropología de la Subjetividad. Alquimias Corporales*. OPFYL, Universidad de Buenos

- Aires. Buenos Aires.
- Crossley, N. (2007). «Merleau-Ponty, el cuerpo elusivo y la sociología carnal». En *Material de Cátedra del Seminario en Antropología Social: Territorios de Sociabilidad: Corporalidades, emociones y relaciones sociales*, Cátedra Pita. M.V., FFL-UBA. Buenos Aires.
- Desjerlais, R. (2011). «Cuerpo y emoción. La estética de la enfermedad y la curación en el Himalaya Nepal» y «Cuerpo, discurso y mente». En Cabrera, P., Faretta, F., Lozano Rivera, C. y Pepe, M. B. *Fichas del Equipo de Antropología de la Subjetividad. Alquimias Etnográficas Parte I*. OPFYL, Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires.
- Guber, R. (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Grupo Editorial Norma. Colombia.
- Haesbaert, R. (2007). «Território e Multiterritorialidade: un debate», *GEOgraphia* (Brasil), nº 17. Brasil.
- Ortner, S. (2005). «Geertz, subjetividad y conciencia posmoderna», *Etnografías Contemporáneas*. Editorial de la Universidad Nacional de San Martín, Escuela de Humanidades. Buenos Aires.
- Le Breton, D. (2002). *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Editorial Nueva Visión. Buenos Aires.
- Margulis, M. y Urresti, M. (2008). «La juventud es más que una palabra». En Margulis, M. (Comp.) *La juventud es más que una palabra: ensayos sobre cultura y juventud*. Editorial Biblos. Buenos Aires.
- Merleau Ponty, M (1994). *Fenomenología de la Percepción*. Ed. Planeta Agostini. Barcelona.
- Pereira, C.B. (2009). «Padre nuestro del tarefero». En *Poesías de la tierra colorada* Blogspot, En línea disponible en <http://poesiasdelatierra.colorada.blogspot.com/2009/09/claudia-beatriz-pereira-padre-nuestro.html>
- Rau, V. (2005). *Los cosecheros de yerba mate: mercado de trabajo agrario y lucha social en Misiones*. Tesis inédita de doctorado en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Roa, M. L. (2010). «Urbanización de la mano de obra rural y juventud. El caso de los/as jóvenes tareferos/as de la provincia de Misiones». Ponencia presentada en el VIII Congreso Latinoamericano de Sociología Rural. América Latina: realineamientos políticos y proyectos en disputa, ALASRU, 15 y 19 de noviembre del 2010. Pernambuco, Brasil.
- (2011). «Los/as jóvenes tareferos/as. Aportes teóricos y empíricos para la comprensión de subjetividades en transformación.». Ponencia presentada en las IX Jornadas de la Carrera de Sociología. *Capitalismo del siglo XXI, Crisis y reconfiguraciones - Luces y sombras en América Latina*, 9-12 de agosto del 2011, Carrera de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires.
- (2012) «Los/as jóvenes de familias tareferas. ¿La generación del cambio?», *Revista Psicoperspectivas: Individuo y Sociedad* Vol. 11, N°1, Santiago de Chile.
- Rosaldo, M. (1984). «Toward an Anthropology of self and feeling». En Shweder, R. y Levine, R. (Comp.) *Culture Theory: Essays on mind, self and emotion*. Cambridge University Press. Cambridge.
- Wacquant, L. (2006). *Entre las cuerdas: cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Siglo XXI Editores. Buenos Aires.

Fuentes primarias

- Entrevistas y notas de campo realizadas durante los años 2008, 2010 y 2011.
- Diario de campo, año 2011.
- Fotos de trabajo de campo, mayo del 2012.

Fuentes secundarias

- Datos online obtenidos en la Sociedad Argentina de Derecho Laboral, disponible en: www.laboral.org.ar

Recibido: mayo de 2011

Aceptado: mayo de 2012

María Luz Roa

Es licenciada en Sociología egresada de la Universidad de Buenos Aires, doctoranda en el Doctorado en Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, y Becaria del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la República Argentina (CONICET). Miembro del Equipo de Antropología de la Subjetividad (www.antropologiadelasubjetividad.com) con sede en el Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires; miembro de la Red de Investigadoras/es en Juventudes de Argentina (ReIJA) y docente en la carrera de Antropología de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. El presente artículo se enmarca en una investigación doctoral iniciada en abril del 2009 y que aún se encuentra en curso. La misma indaga acerca de los procesos de conformación y transformación de las subjetividades juveniles de asalariados/as agrícolas periurbanizados, y forma parte del PRI 2011-2013 (Proyecto de Reconocimiento Institucional de la Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires) «Antropología de la subjetividad una perspectiva teórico-metodológica».